

Huntington y el sistema político mexicano

JOSÉ ANTONIO CRESPO

En el número 9U de la revista *Este País*, Jorge Domínguez hace un recuento de la posible influencia que tuvo —o pudo tener— Samuel Huntington, a partir de su libro clásico sobre desarrollo político, de 1968.¹ En él, asegura Domínguez, entre varias otras hipótesis, que, siendo que el estudio de Huntington otorga gran importancia a los partidos políticos en el desarrollo político de los países, los latinoamericanos pusieron poca atención en ese punto. Eso se debió, según Domínguez, a que, dado "el predominio de regímenes autoritarios en América Latina a partir de mediados de los sesenta hasta la mitad de los ochenta... los partidos no podían funcionar legalmente en muchos países; muchas elecciones eran fraudulentas y en una serie de países no se celebraban elecciones. El tema era difícil de estudiar, por decir lo mínimo". Termina Domínguez expresando su convicción de que "los estudios sobre Latinoamérica hubieran sido mucho mejores si el impacto del libro entre los latinoamericanistas hubiera sido mayor".

En el caso de México, la influencia de Huntington tampoco fue significativa al poco de haber sido publicado su libro; predominaba un enfoque marxista que, pese a los elementos leninistas recogidos por Huntington, veía a este autor como un exponente de la "sociología burguesa" y, por tanto, no muy digno de ser tomado en cuenta. Otros autores no marxistas tampoco parecen haber sido muy influidos por Huntington en esos años, aunque por razones distintas. El enfoque institucional no encuadraba muy bien en las corrientes más difundidas en México, de izquierda o no. Sólo hasta más recientemente se ha dejado ver la influencia de ese autor (e incluso de su libro de 1968) en algunos estudiosos del sistema de partidos y del desarrollo político en general. Con todo, no puede decirse que en México, como en el resto de Latinoamérica, se hubiera puesto poca atención al estudio de los partidos políticos en aquellos años, pues es evidente que el sistema político mexicano tenía como uno de sus pilares básicos al peculiar sistema de partido virtualmente monopólico: el PRI.

(Investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE)).

Es cierto que difícilmente se le podía encuadrar de la misma manera que un sistema competitivo de partidos, por más que la oposición fuera reconocida legalmente y que los comicios se celebraran, con excepciones, entre varios candidatos. En ese sentido, por ejemplo, los procesos electorales no llamaron la atención de los investigadores sino hasta que éstos se fueron convirtiendo en un elemento eficaz de lucha política para transformar al régimen priísta, y en la medida en que el sistema electoral fue aproximándose crecientemente al ámbito competitivo.² Pero aun así, el estudio del PRI como eje del sistema de partidos siempre fue foco de atención de los estudiosos de la política mexicana —nacionales y extranjeros— como no podía ser de otra manera. Los miembros del PRI preferían ubicarlo como un sistema esencialmente competitivo, en el cual la explicación de

sus triunfos abrumadores y consecutivos radicaba menos en la falta de competitividad, que en la debilidad estructural e histórica de la oposición. La izquierda (sobre todo la marxista) veía en el PRI a un partido de clase destinado a sostener un Estado capitalista para continuar con la explotación de las mayorías. No se veía tan mal, desde esa perspectiva, el monopolio partidista, sino su carácter de clase (esencialmente burgués), y se buscaba reemplazarlo con otro partido, también único, pero representante auténtico del proletariado.

Hubo, sin embargo, otros marxistas encuadrados dentro del PRI (o muy cercanos a él) que durante sus primeros años lo veían como un partido de clase, pero de la trabajadora, y expresaban sus esperanzas de que, en efecto, pudiera seguir el mismo curso que había abierto el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). La oposición más liberal, en cambio, veía al PRI como un partido único, con atuendo democrático, que por tanto atentaba contra las libertades políticas y cívicas básicas del liberalismo. La participación política del PAN se entendió siempre como un camino largo y difícil, pero pacífico, para modificar desde dentro, las condiciones de competencia que permitieran eventualmente una auténtica democracia partidista. Evidentemente el análisis político tomaba en cuenta al PRI, y prácticamente nadie negaba que había sido un factor esencial para preservar la estabilidad política durante varias décadas continuas. De cierto es que la lectura del profesor de Harvard hubiera brindado mayores elementos para profundizar la explicación (o al menos una bastante coherente) de por qué un partido único (o casi único) era capaz de aglutinar a su alrededor a una amplia variedad de sectores políticamente movilizados, dando como consecuencia una prolongada estabilidad. Pero la idea que estaba detrás del libro de Huntington en relación a los partidos, y en particular a los partidos monopólicos, era aceptada en México, no como una propuesta teórica formulada por Huntington, sino como una verdad empírica observada y experimentada ya por varias generaciones de mexicanos. Ello, de una u otra forma, estaba implícito en los estudios sobre política mexicana realizada por autores de distintas corrientes ideológicas y escuelas teóricas, por más que no hubieran sido influidos directamente por el enfoque de Huntington.

El PRI y los partidos leninistas

Una de las ideas insistentes de Huntington fue que para mantener la estabilidad política era más importante la calidad que la cantidad de partidos, entendiendo por calidad su capacidad estructural para incorporar a amplios sectores de la población dentro de la

vida política por una vía institucional, que el propio partido brindaba. En cambio, la existencia de varios partidos, aunque pudiera implicar una competitividad real, no siempre era garantía de estabilidad; ello dependía de la eficacia de los partidos precisamente para encauzar la participación política, de modo que "en términos de desarrollo político, lo que importa no es la cantidad de los partidos, sino más bien la fuerza y adaptabilidad del sistema de éstos".³ Un solo partido sólido daba mejores posibilidades de preservar la estabilidad que varios partidos débiles, al menos mientras se mantuvieran las condiciones que hacían de aquél un instrumento eficaz de organización política (que lo podía ser durante varias décadas, según lo demostraban empíricamente los casos soviético, mexicano, y otros). Un partido centralizado de masas podría ser incluso un potente ariete para remover los obstáculos heredados de la sociedad tradicional, que impedían avanzar firmemente en la construcción de una sociedad moderna.

Ello llevaba a Huntington a explicar la aparición de tales partidos ahí donde tuvo lugar una revolución social exitosa que, como movimiento modernizador por antonomasia,

requería de un partido de masas altamente centralizado para allanar el terreno al progreso social. También lo llevó a suponer que en varios otros países en modernización, quizá ese modelo sería una opción políticamente redituable, al menos por varios años. Con ello, Huntington prevenía a las democracias industriales que, para muchos países socialmente atrasados, el modelo de partido único quizá sería un camino adecuado, mejor que una inestabilidad endémica, como la que varios habían padecido desde su independencia (incluidos, desde luego, numerosos países latinoamericanos). Que Huntington propusiera una explicación histórica para el surgimiento de tales partidos, y que incluso lo considerara como una no tan mala opción para muchos países que simplemente no reunían las condiciones de una democracia estable –al menos por algunos años más– provocó que fuera descalificado como promotor –y hasta ideólogo– del partido monopólico (una posición aparentemente contradictoria con la defensa que hacía, también en términos de estabilidad, de los sistemas competitivos de partidos).

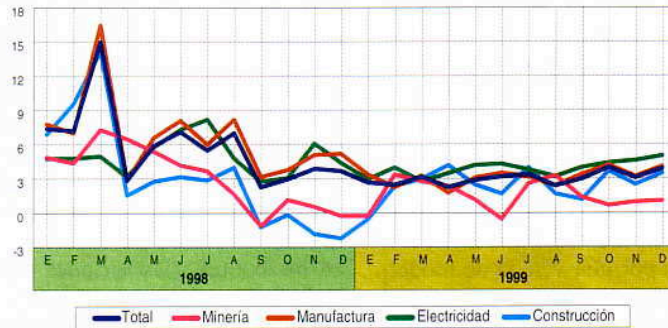
De ahí que en México, algunos lo acusaran simultáneamente de conservador y defensor del PRI, sin caer en la cuenta que esa posición se aplicaba también a los partidos únicos comunistas, que muchos promocionaban desde una postura marxista. Algunos liberales también vieron en Huntington una defensa del PRI, sin reparar en su apología de la competencia partidista como fuente de estabilidad de largo plazo. En todo caso, no podía discutirse que el PRI y otros partidos únicos (de derecha o izquierda) habían mostrado su capacidad para encaminar a su respectivo país por una vereda de modernización social (comunista o capitalista, según el caso) manteniendo la estabilidad política, empresa nada sencilla de cumplir en los países en desarrollo. Podría decirse que la abstracción que hizo Huntington entre un partido hegemónico como el Pm (aunque no usa el término "hegemónico", que después popularizó Giovanni Sartori), y otrosclaramente únicos, era relevante en cuanto permitía explicar su capacidad para vincular la participación política de las masas con la estabilidad política. Domínguez sostiene, sin embargo, que la comparación entre el PRI y los partidos de corte leninista llegó demasiado lejos por parte de Huntington. "La revolución mexicana no produjo un partido leninista –dice Domínguez–. El partido mexicano gobernante se fundó mediante un pacto entre caudillos militares y otras élites. No ha tenido miembros de partido en ningún sentido significativo la mayor parte de su existencia. Nunca ha sido un ejemplo de renovación moral y mucho menos de puritanismo, y nunca ha exaltado las virtudes del sacrificio."⁴

Economía nacional

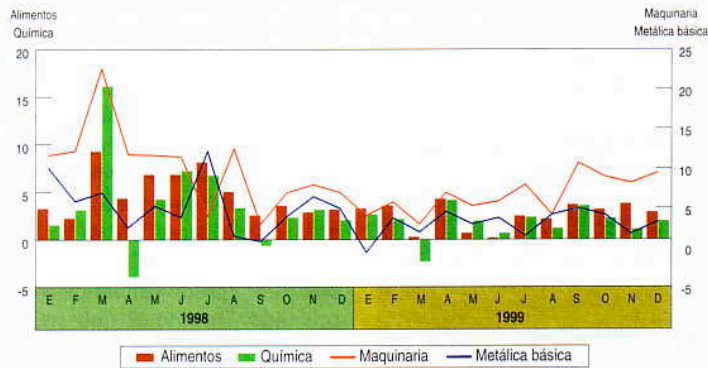
Economía nacional

Producción industrial

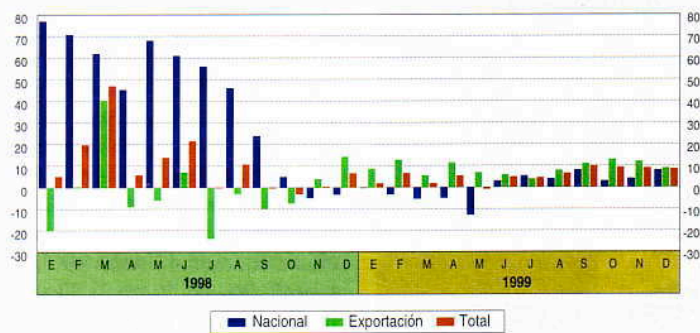
PRODUCCIÓN INDUSTRIAL



ÍNDICE DE VOLUMENES FÍSICOS DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA (VARIACIÓN ANUAL)



PRODUCCIÓN DE AUTOS (VARIACIÓN ANUAL)



Fuente: Capem, *Perspectivas económicas para México*, octubre 1998.

Sobra decir que, aunque a los priístas nunca les ha gustado la comparación de su partido con el soviético (por el claro carácter no competitivo de estos últimos), más de uno rechazaría la afirmación de Domínguez que, paradójicamente, utiliza para distinguir al PRI de los partidos leninistas. En todo caso, y por caminos distintos a los de Huntington, la comparación entre el sistema de partido soviético y el mexicano nunca ha estado ausente en el análisis político. Ya se ha dicho que muchos marxistas incorporados o asociados al partido oficial de México (sobre todo durante el gobierno de Cárdenas) vieron en él un posible partido proletario a la manera soviética. En aquella época, dice Cosío Villegas, "en los corrillos de la CTM (Confederación de Trabajadores de México) y aun en declaraciones oficiales, se hablaba de la necesidad de reemplazar la vieja democracia liberal por otra de tipo 'funcional', que evocó en seguida al soviét, idea ésta que parecía estar confirmada con la nueva organización del partido oficial, con sus sectores de obreros, campesinos y soldados. Llegó a decirse que en apoyo de esa democracia funcional estaba su éxito 'triumfante' alcanzado en la Unión Soviética".⁵ Antonio Díaz Soto y Gama, por su parte, se quejaba de esa tendencia dentro del oficialismo: "Ahí habías de llegar. A llamar democracia al régimen que impera en la Rusia Soviética."⁶ El secretario de Educación Pública en aquel entonces, Ignacio García Téllez, incluso declaró que México iba "hacia la dictadura del proletariado".⁷

Por su parte, muchos opositores al régimen, desde una posición más liberal, quisieron ver las similitudes entre el régimen soviético y el mexicano sin demasiados matices ni cortapisas, movidos más por una intención de desenmascarar al PRI como partido único, que por ofrecer un marco teórico que permitiera comprender la dinámica en ambos regímenes. Por lo cual no ponían demasiado esmero en destacar tanto sus semejanzas institucionales como sus no pequeñas diferencias. Para muchos opositores y disidentes no había una diferencia sustancial entre el PRI y otros partidos únicos, por lo que clasificaban a ambos como "partidos de Estado". Cierta minucia académica (en la que insistió, por ejemplo, Arnaldo Córdova), llevaría a diferenciar un auténtico partido de Estado —que constitucionalmente prohibía la existencia legal de otros partidos— de otros como el mexicano, en donde la oposición partidista jamás fue prohibida (aunque sí lo fueron algunos partidos específicos). Pero esa distinción no podía ocultar —ni lo pretendía— que el PRI, como los genuinos partidos de Estado, imbricaba su estructura con la estatal, disfrutando por ende de sus recursos humanos, logísticos, institucionales y financieros, para con ellos inclinar decisivamente la contienda políticoelectoral en su favor. Es en términos de esa relación simbiótica entre partido oficial y Estado (y de ahí el apellido de "oficial") que podía establecerse una fuerte similitud entre el PRI y los partidos únicos. Si acaso, algunos autores hacían —o aún hacen— una pequeña concesión al no designar al PRI como "partido de Estado", sino como "partido de Gobierno", pero aclarando que, para efectos prácticos, era lo mismo (al menos en lo que hace a su simbiosis estructural con el Estado).

Pero también hubo autores que establecieron dicha comparación con más ánimo analítico que ideológico. Octavio Paz fue uno de ellos. En *El ogro filantrópico* (1978), concibió al PRI como un partido único.⁸ Desde ahí, la comparación con el régimen soviético era automática. Años más tarde, compararía también al PRI con el Partido Republicano Popular de Turquía, y con el fascista italiano.⁹ Pero ya sobre el modelo de partido único, sí hizo las diferencias pertinentes, empezando por el totalitarismo del Estado soviético que lo hace propietario de la sociedad, y el hecho de que el Partido controlara al Estado, a diferencia de lo ocurrido en México: "He recordado el caso de Rusia porque, por más

alejado que parezca, ilumina indirectamente las peculiaridades de la situación mexicana".¹⁰ Incluso, Paz reconoció al PRI como un partido más flexible institucionalmente que los partidos únicos, de modo que lo ubica entre estos últimos y los partidos democráticos: "La burocracia del PRI está a medio camino entre el partido político tradicional y las burocracias que militan bajo una ortodoxia y que operan con milicias de Dios o de la historia."¹¹ Esto se tradujo, entre otras cosas, en un menor nivel de represión en México que en los sistemas de partido único. Basta con echar una ojeada a las matanzas masivas organizadas por varios de los regímenes comunistas de partido único para calibrar la diferencia.¹² También, esa diferencia se ha notado en la capacidad –y necesidad– del régimen priísta de abrirse gradualmente a la oposición y la disidencia, a través de numerosas reformas políticas y electorales que le imprimieron por años mayor ventilación política, incluso sin dar un paso decisivo a la democracia.

Otros analistas también hacían de, vez en vez, referencia al caso soviético (o de otros sistemas de partido único). Enrique Krauze, en 1983, escribió: "Comparado con los partidos únicos del Este, cuya inmovilidad quita el sueño a Andropov como a Deng, el PRI es una liebre. Pero para nosotros, a pesar de su capacidad de movilización, es una tortuga".¹³ Con ello, reconoce Krauze el ritmo de cambio del régimen priísta como más veloz que los sistemas unipartidistas aunque, desde luego, refleja su exasperación ante la lentitud relativa respecto a sus expectativas democráticas (y las de muchos más). Lorenzo Meyer, aunque insistía en el carácter estatal del PRI, lo distinguía de otros partidos únicos (en particular, el soviético) por su origen; el PRI surgió desde el Estado, por lo cual le estaba subordinado, en tanto que el PCUS conquistó el Estado, por lo cual lo mantenía controlado. Y ello podría arrojar algunas diferencias en cuanto a la relación entre partido y Estado, pero siempre bajo la premisa de su mutuo traslape institucional (que dejaba fuera toda competitividad partidista).¹⁴ Igualmente, reconoce, como otros autores, el carácter más incluyente y flexible del régimen priísta frente a otros autoritarismos, lo que le brindaba una base más sólida de continuidad.¹⁵

Pero ninguno de estos autores cita a Huntington, ni siquiera para destacar el hecho de que, en efecto, el PRI, como otros partidos monopólicos, había logrado preservar por largo tiempo la estabilidad al tiempo de emprender un proyecto de modernización social. De ello se desprende que la comparación entre el régimen priísta y otros de partido único (y algunas de las conclusiones más evidentes que Huntington extrae de ella) podían percibiéndose desde varios ángulos teóricos y disciplinarios. Pero hay algo en lo que no repara Domínguez; Huntington habla desde entonces (y ofreciendo una explicación coherente) de una futura crisis de continuidad de los partidos monopólicos, sean real o virtualmente únicos. Ello hubiera bastado para atraer la atención, si no de todos los estudiosos latinoamericanos, sí la de aquellos en cuyo país imperaba uno de esos regímenes; Cuba y México.

Es posible que en Cuba no se tuviera ni siquiera una noticia (o mayor interés) en teóricos como Huntington, no tanto por su nacionalidad norteamericana, sino por su ideología "burguesa" que contradecía y cuestionaba constantemente al dogma marxista (a pesar de incorporar la teoría leninista del partido). Pero en México había menos razones para ignorarlo, pues su libro, e incluso su traducción al español (1972) ya circulaba en las aulas universitarias, aunque también aquí prevalecía en la ciencia política de aquellos años el enfoque marxista o alguno derivado de él (la teoría de la dependencia), lo que provocaba una difundida descalificación de Huntington. La tesis de que, casi por fatalidad histórica, los partidos monopólicos habrían de caer por tierra en algunos años, unía en México a los

marxistas y socialistas ortodoxos, con los priístas, pues a ninguno de los dos grupos le gustaba la idea de que el PCUS o el PRI tuvieran que aceptar una democracia "burguesa" (o "norteamericana"), e incluso quizás desaparecer del escenario político. Pero esa es precisamente una de las tesis que quedan expuestas con mayor claridad por Huntington, y que se derivan de su teoría de los partidos.

El inevitable fin de los partidos monopólicos

Si bien Huntington ofrece una explicación histórica (y hasta cierto grado una justificación) de los partidos únicos en los países en modernización, la propia lógica de esos partidos lo llevan a pronosticar su futura crisis de continuidad, que daría paso a un régimen plural y competitivo de partidos en esos países (aunque no especificaba si ello ocurriría de manera pacífica o violenta, tema que desarrolló mucho después, ya con nueva evidencia histórica, en *La tercera ola*.¹⁶ El partido monopólico podía aglutinar, bajo ciertas condiciones, a grandes segmentos de la población e incorporarlos a la vida política por vía institucional, lo que permitía preservar por muchos años la estabilidad política. Pero su lógica interna haría imposible prolongar indefinidamente su continuidad, por lo cual, o bien esos partidos tendrían que aceptar la competencia con otros partidos nuevos, o bien llevarían al país a una situación de desorden e inestabilidad.

Según Huntington, uno de los problemas que todo sistema de partidos debe enfrentar es la asimilación de nuevos grupos que se movilizan y organizan políticamente, creando nuevo poder político que, en caso de no ser incorporado por el sistema de partidos, será dirigido en contra del régimen vigente. La forma en que los distintos sistemas partidistas enfrentan ese reto difiere a partir de sus receptivos rasgos institucionales; en un sistema multipartidista, tales grupos podrán formar su propio partido político, y compartir el poder en proporción a su fuerza electoral. En un sistema bipartidista, alguno de los dos partidos importantes buscará atraerlo a su órbita política, ofreciendo aquello que demanda el nuevo grupo. En todo caso, el nuevo grupo habrá sido asimilado a la vida política sin poner en riesgo la vigencia del régimen político. En un sistema de partido predominante (como el que ha regido a Japón, Suecia y, antes, a Israel e India), el nuevo grupo puede crear su propio partido (como en un sistema multipartidista) e incluso formar parte de la coalición gobernante. Si el partido dominante no absorbe a los nuevos partidos que emergen, éstos "pueden seguir funcionando como partidos de presión permanente en la periferia del más importante. Así, el sistema de partido dominante proporciona válvulas de escape, y al mismo tiempo fuertes incentivos para su asimilación en aquél, si parecen tener una base popular".¹⁷ Ocurra lo uno o lo otro, los grupos emergentes encuentran acomodo político en el esquema del partido dominante sin atentar en contra la estabilidad del régimen.

Pero un partido único tiene menos probabilidades de resolver, a la larga, este problema. Los nuevos grupos sólo tienen la opción de incorporarse al partido único, y ciertamente éste puede hacerlo durante años, preservando así su continuidad. Pero la modernización genera numerosos y diversificados grupos que difícilmente podrán seguir engrosando las filas del partido único. Si así ocurre, entonces ese partido irá perdiendo coherencia y disciplina, lo que hará probable que, en algún momento, esos nuevos sectores queden excluidos del partido (para que éste pueda permanecer con un mínimo de unidad y congruencia ideológica). Pero entonces esos otros grupos no tendrán más opción que movilizarse en contra del régimen, pues no habiendo otras alternativas partidistas, la única posibilidad de integrarse al proceso político será cambiando de régimen, y no sólo de

partido (a diferencia de lo ocurrido en los sistemas competitivos).

De ahí que Huntington haya escrito que la competencia de partidos es un mecanismo que fomenta la estabilidad de largo plazo, frente a la más corta que pueden ofrecer los partidos unipartidistas: "Es corriente que la competición de partidos se justifique en términos de democracia, gobierno responsable y régimen mayoritario. Pero también se la puede justificar en términos del valor de la estabilidad política. La competición partidaria de este tipo acentúa la posibilidad de que nuevas fuerzas sociales que desarrollen aspiraciones y conciencia políticas sean movilizados en el sistema, en lugar de serlo contra él."¹⁸

De alguna forma, se podía decir que, por lo mismo, los regímenes unipartidario llevaban en su seno la semilla de su propia destrucción (parafraseando a Marx), pues por su carácter monopólico "elimina las condiciones para su propio éxito", pues cierra canales alternativos para la asimilación de nuevos grupos, que sin embargo no quieren –por diversas razones– incorporarse al partido único. Tarde o temprano (en todo caso mucho más temprano que las "democracias burguesas"), esa semilla autodestructiva germinaría para dar paso a un genuino sistema competitivo de partidos (con más o menos violencia de por medio) o, si acaso, a una regresión autoritaria en donde, como quiera, el partido oficial dejaría de cumplir su función estabilizadora: "La fuerza de un sistema unipartidario nace de su lucha contra una potencia imperialista, un régimen tradicional, una sociedad conservadora. Su debilidad proviene de la ausencia de competencia institucionalizada dentro del sistema político",¹⁹ por las dificultades que ello entraña para asimilar a los nuevos grupos sociales movilizados al calor de la modernización social, que el propio partido monopólico estimula con ahínco.

A partir de ello, Huntington vaticinaba una crisis de continuidad de los partidos monopólicos en un futuro no lejano (aunque impreciso); éstos tendrían que aceptar competir con otros partidos, o bien el régimen caería por el suelo en medio de cierta turbulencia política, pues "si no pueden asimilar a otras fuerzas sociales al partido, o bien el sistema unipartidario deja de existir, o se mantiene al precio de aumentar la coerción y acrecentar la inestabilidad"²⁰ Pero la asimilación de nuevas fuerzas tiene un límite en el tiempo y en el espacio del partido monopólico, por lo cual las fuerzas excluidas por él se movilizarían en contra del régimen. De hecho lo que Huntington está haciendo es anunciar –y explicar– la crisis histórica de los sistemas unipartidarios (al margen del signo ideológico bajo el cual habían sido erigidos). Es decir, tal crisis no afectaría sólo a los regímenes comunistas, pues la causa de dicho declive era esencialmente político (aunque fuera acompañado de un deterioro económico, derivado a su vez por el propio monopolio).

Finalmente, dado que el régimen mexicano era ubicado como esencialmente monopólico, tal crisis también le sería inevitable. Sin embargo, en este punto Huntington sí destaca algunas diferencias de estructura del régimen mexicano respecto de los partidos claramente únicos, que se traducen en una mayor flexibilidad institucional y, por ende, la capacidad para retardar un poco más (aunque no eludir) su propia crisis de continuidad: "Los (sistemas) unipartidarios que más éxitos logran en la asimilación de nuevas fuerzas sociales tienden a menudo a desarrollar una pauta formal o informal de organización por sectores, como las que existen en el PRI mexicano."²¹ Huntington atendió más a la flexibilidad interna del partido tricolor que a la existencia de partidos opositores, pues éstos, en virtud de su debilidad e impotencia frente a un régimen virtualmente monopólico, "son tan reducidos que no ejercen casi influencia sobre lo que ocurre en el partido mayor", a diferencia de lo observado en los sistemas de partido dominante. Desde luego, en el caso de México, Huntington pudo haber planteado una alternativa distinta a la de los partidos

únicos: el desarrollo gradual de la oposición al grado en que empezara a funcionar como lo hacía en un sistema de partido dominante, de modo que pudiera contribuir a la estabilización del régimen, a condición de que prevaleciera una situación de auténtica competitividad. En ese momento no se había llevado a cabo la reforma política de Reyes Heróles (1977) por lo cual nada permitía suponer ese posible escenario. Pero en tal caso, de cualquier forma el sistema de partido hegemónico dejaría de existir para dar paso, si acaso, a uno de partido dominante, por lo cual el vaticinio de la futura crisis del partido monopolístico seguiría teniendo validez.

En aquellos años, los analistas mexicanos quizás hablaban del fin del régimen priísta, pero más como un mero deseo inspirado en la ilusión que como un pronóstico fundamentado

teóricamente, como lo hacía Huntington. Cosío Villegas, en su clásico estudio sobre el sistema político mexicano (1973), cinco años después de publicado el libro de Huntington, decía que tendría que haber un desprendimiento del PRI para que este partido tuviera algún contrapeso, pero no hablaba de la derrota, ni menos de la desaparición del PRI. Aun así, veía ese escenario como sumamente improbable: "¿Podría esperarse que en un futuro próximo surgiera un nuevo partido político que desempeñara esa función? Es más que dudoso aceptar semejante supuesto, no sólo porque las leyes electorales han sido ideadas para impedirlo, sino porque no se vislumbran los hombres y las ideas que podrían acometer una tarea tan ingrata como estéril"²² Años después, Paz empezó a percibir tímidamente una crisis de continuidad del régimen, pese a la reforma política de 1977, a la que recibe con cierta esperanza pero con justificadas reservas: "Lo más probable es que ese remedio de pluralismo, lejos de aliviarla, agrave la crisis de legitimidad del régimen." También Paz vislumbró entonces una escisión del PRI, "su ala izquierda, unida a otras fuerzas, podría ser el núcleo de un verdadero partido socialista", pero esto "es un remedio visto con horror por la clase política mexicana".²³

Más adelante, cuando tuvo lugar la crisis económica de 1982, varios autores empezaron a hablar, con mayor certidumbre, de los previsible desafíos políticos desde dentro y fuera del Pm, que llevarían a éste al fin de su hegemonía. Se habló insistentemente de un viraje hacia un sistema competitivo de partidos, donde el PRI podría quizá adaptarse como uno dominante, lo que, de acuerdo al esquema de Huntington, permitiría mantener la estabilidad política; en caso de no hacerlo, la propia estabilidad correría creciente riesgo. Los años ochenta, antes de la salida de la Corriente Democrática del PRI y de la consecuente insurrección electoral de 1988, fueron pródigos en este tipo de avisos. La capacidad para derramar recursos económicos, cemento esencial del corporativismo hegemónico, se veía en entredicho como consecuencia de la propia crisis económica. A raíz de ello, Krauze recomendó a los priístas encabezar el cambio para seguir siendo parte de la vida política, pero veía lejano –como tantos otros– el fin del PRI.²⁴ Paz visualizaba también problemas al régimen en 1985, y aconsejaba al PRI volver al origen maderista del legado revolucionario que había sido descartado por los gobiernos de la pos-revolución. Gabriel Zaid preveía también problemas de continuidad del régimen priísta, pero consideraba la posibilidad de que el PRI, de tomar la iniciativa democrática, podría lograr un acomodo protagónico en el nuevo orden democrático. El fin del PRI no consistiría en que perdiera las elecciones (cosa que no se preveía ni aún entonces), sino en que el PRI "estuviera dominado por los grandes ganadores de votos y no por el supremador del presupuesto". Pasaría a ser un partido dominante, capaz por tanto de mantener el gobierno y preservar la estabilidad.²⁵ Lorenzo Meyer también veía que el régimen entraría en graves problemas

derivados de la crisis económica; el régimen priísta había fallado, primero en la promesa maderista –la democracia política–, después en la promesa cardenista –la justicia social– y ya se mostraba incapaz de cumplir con la promesa alemanista –el desarrollo económico. Sólo la democratización devolvería la legitimidad al PRI, para lo cual éste debía aceptar nuevas reglas que le quitarían –sin duda– espacios políticos, pero no necesariamente el poder²⁶ Pero estos mismos autores adelantaban que, de no inducir el PRI el cambio democrático, poco a poco iría desmantelándose el régimen, arrastrando probablemente al propio partido oficial. Zaid vislumbraba que: "Si no hay explosión, el sistema tronará por cuarteadura, resquebrajándose, desmoronándose..."²⁷

Con todo, estos autores percibían un posible fin del régimen en virtud de su propio desgaste (económico y, consecuentemente, político), pero no como parte de una tendencia más general y, por tanto, aplicable a los partidos únicos del mundo, como lo hacía Huntington. La caída del muro de Berlín aún no era seriamente considerada en México (de hecho ninguno cita a Huntington, lo que sugiere que no lo conocían con profundidad, o al menos que su hipótesis sobre el fin de los partidos únicos y hegemónicos no había sido considerada seriamente). De 1974 a 1985, la comparación obligada fueron las dictaduras que caían dando paso a la democracia, pero ello no entraba en el modelo de crisis que había previsto Huntington en 1968 (pues no eran dictaduras unipartidistas, sino militares). Las razones de sus respectivas crisis eran esencialmente distintas y, por tanto, poco se hablaba de un posible colapso de los regímenes dentro de la "cortina de hierro".

Pero cuando comenzó el desmoronamiento del bloque socialista, se empezó a hacer la obligada comparación del régimen priísta con los del Este europeo, en particular el soviético (pues es con ese con el cual podían encontrarse mayores similitudes de origen y evolución). Algunos destacaron sus semejanzas de carácter político, como para destacar el carácter inevitable de la democratización de México, por más que las modalidades y ritmos pudieran ser distintos. Lorenzo Meyer, cuestionó en algún momento la política salinista de reforma económica sin cambio político, llamándola "Perestroika sin Glasnost". Otros autores también destacaron las diferencias entre los regímenes mexicano y soviético para poder concluir un desenlace distinto en sus respectivos procesos de cambio político²⁸ El propio Salinas llegó a usar el referente soviético para justificar el desfase entre el cambio económico y el político, y presuntamente evitar caer en lo que ya se vislumbraba como una transición difícil en aquella nación. Poco a poco, el paradigma de comparación de la transición mexicana ha pasado de España (y los países del cono sur latinoamericano) a la región de Europa Oriental (en particular la Unión Soviética). Así, recientemente Adolfo Gilly expresó: "Como Rusia nos ha enseñado, las lealtades corporativas pueden convertirse en lealtades mafiosas. la transición mexicana puede desembocar en una carrera en la cual nuestro futuro puede no ser Checoslovaquia, sino Rusia".²⁹

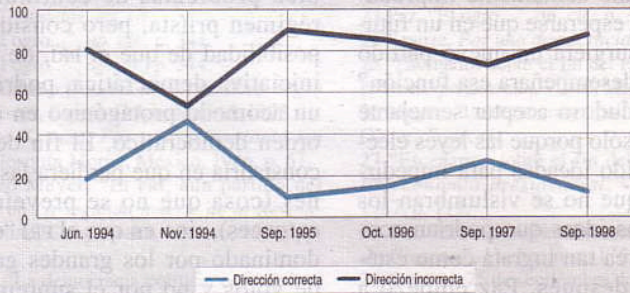
Situación del país

Situación del país

Aspectos sociales, democráticos y políticos

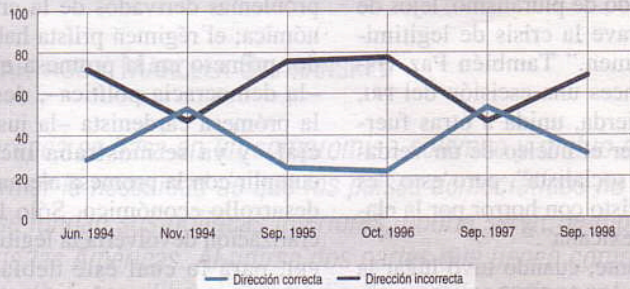
¿CÓMO MARCHAN LAS COSAS EN EL PAÍS EN EL ASPECTO SOCIAL?

(NIVEL NACIONAL)

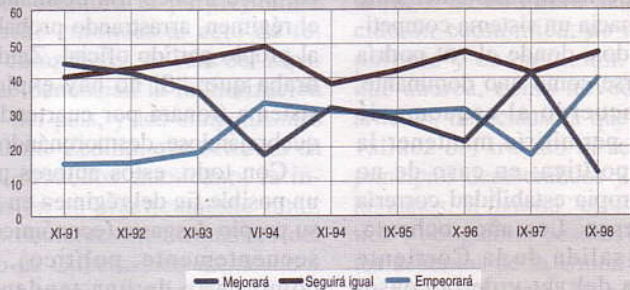


¿CÓMO MARCHAN LAS COSAS EN EL PAÍS EN EL ASPECTO DEMOCRÁTICO?

(NIVEL NACIONAL)



DURANTE LO QUE QUEDA DEL SEXENIO CONSIDERA QUE LA SITUACIÓN POLÍTICA DEL PAÍS...



Vitrina metodológica:

Levantamiento: 2-18 de septiembre de 1998; tamaño de la muestra: 1,950 casos conformada por hombres y mujeres mayores de 18 años de los distintos niveles socioeconómicos, habitantes de zonas rurales y urbanas del país. La selección de la muestra fue polietápica; nivel de confianza: 95; margen de error: 4%. Encuesta coordinada por Factum Mercadotécnico.



Puede concluirse que, tal y como señala Domínguez, Huntington tuvo poca repercusión en América Latina con su clásico texto de 1968, y México no fue la excepción. En este último caso, de haber sido más atendido ese libro, se habría dispuesto de más elementos teóricos para plantear y reflexionar la eventual crisis del régimen de partido hegemónico en México, lo mismo por parte de los priístas que de sus oponentes. Probablemente, parte de la explicación de este descuido se encuentra en la incredulidad que por entonces prevalecía sobre la eventualidad de un derrumbe de los monolitos partidistas de aquella época; los partidos únicos del bloque socialista, por un lado y, por supuesto, el PRI, por otro.

Notas

1 Domínguez, "El orden político en las sociedades en cambio de Samuel Huntington y el Estado latinoamericano", *Este País*, núm. 90, septiembre de 1998.

2 Cfr. Alvaro Arreola y Juan Molinar, "Procesos electorales en México", *Revista Mexicana de Sociología*, año L, núm. 2.

3 *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Buenos Aires, 1972, p. 369.

4 Domínguez, *op. cit.*

5 Daniel Cosío Villegas, *La sucesión presidencial*, México, Joaquín Mortiz, 1975, p. 51.

6 Citado por Cosío Villegas, *ibid.*

7 Citado por Enrique Krauze, *Biografía del poder; Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940)*, Tusquets, México, p. 437.

8 Octavio Paz, "El otro filantrópico", en *Obras Completas*, núm. 8, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

9 Octavio Paz, "PRI: hora cumplida 1929-1985", en *Obras Completas*, *op. cit.*

10 Paz, "El ogro...", *op. cit.*, p. 341.

11 Paz, "El ogro...", *op. cit.*, p. 344.

12 Cfr. Stephano Courtos *et al.*, *El libro negro del comunismo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

13 Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz, México, 1986, p. 67.

14 Lorenzo Meyer, "El PRI, aún partido del gobierno", en *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México, 1992, pp. 139-142.

15 Meyer, "La democracia política: esperando a Godot" (1985), en *La segunda muerte...*, *op. cit.*, pp. 45-62.

16 Samuel Huntington, *The Third Wave; Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press, 1991.

17 El orden político..., *op. cit.*, p. 377.

18 El orden político..., *op. cit.*, p. 376.

19 El orden político..., *op. cit.*, p. 374.

20 El orden político..., *op. cit.*, p. 375.

21 El orden político..., *op. cit.*, p. 375.

22 Cosío Villegas, *El sistema político mexicano; Las posibilidades de cambio*, Joaquín Mortiz, México, 1973, p. 72.

23 Paz, "El ogro...", *op. cit.*, p. 348.

24 Krauze, Por una democracia..., op. cit.

25 "Escenarios sobre el fin del PRI" (1985), en La economía presidencial, Vuelta, México, 1987, p. 112.

26 Meyer, "La democracia política: esperando a Godot...", op. cit.

27 "Escenarios sobre el fin del PRI" (1985), en La economía presidencial, Vuelta, México, 1987, p. 112.

28 Cfr. Jaime Sánchez Susarrey, "Perestroika sin Glasnost", Vuelta, núm. 176, julio de 1991.

29 Crónica, 25 de septiembre de 1998.